

de Federico Tarántola
HISTORIAS DE TAMMERLANE
PRESENTA

KING KASTLE hard zombies

CLINT

- CAPÍTULO DOS -



Clint Harry cerró tras de sí la puerta de su departamento en el viejo vecindario de la calle 9 de Tammerlane.

Miró a su alrededor con el mayor de los desprecios, y una vez más se dijo a sí mismo que estaba perdido.

Hacía mucho que cierta parte de Clint había muerto. Apenas había podido guardar la energía suficiente como para alzar la botella y beber los infinitos litros de alcohol.

Quitó un cigarrillo del atado de King Kastle, el cual se lo había sacado un rato antes a Tobe, un muchacho de la zona. Se llevó el filtro a la boca, lo contuvo con la suavidad que sólo los labios saben darle a los vicios, y lo encendió.

Absorbió una gran bola de tabaco consumido en gris, la retuvo en los pulmones, y resopló. El humo se perdió en el deprimente comedor.

Volvió a pitar. Algo le hizo picar la garganta, pero no le dio importancia. Una vez más se detuvo y concentró en aquel marco de 50 por 50, con una

fotografía en blanco y negro, en donde el mismo Clint posaba vestido de vaquero, 30 años más joven.

El maldito pasado nunca dejaba de volver. Siempre lo acosaba, lo enroscaba y lo corrompía. El mismo dolor de haberse perdido en el tiempo lo habían arrastrado a una amargura constante, en donde todo giraba en torno a la destrucción.

Con el tiempo, supo perder dinero, propiedades, amigos. Incluso su hijo Ron se había escapado hacía muchos años para jamás volver a saber de él.

Clint, aquella estrella entre dobles de riesgo de vaqueros, se había convertido en un fantasma de sí mismo, vagando por un departamento en penumbras, repleto de mugre y desorden, bañado en un resplandor diabólico que lo sometía a mucho más dolor.

Dio otra pitada, miró hacia la cama y supo que era la hora de la siesta. A la tarde no había mucho por hacer. La televisión de la noche tenía mucha mejor programación. Y la melancolía sabía mejor por la madrugada.

Estiró sus brazos, bostezó y apenas tosió. Pensó en un trago. Pensó en alguna buena comida que nunca se brindaría.

Caminó pesadamente hasta la cama, y se acostó boca arriba.

- Tammerlane de mierda... - se dijo, como casi todas las tardes, y esbozó un suspiro. Por suerte el sueño y el cansancio lo estaban alejando de los malos pensamientos. En minutos quedaría rendido después de una nueva jornada desquiciada.

Pero tosió.

Volvió a toser, esta vez con un sonido tan seco como el golpe de una olla.

Se sentó en la cama, y se llevó su mano a la garganta. Apenas quiso calmar la tos frotando su cuarteada piel, cuando el quejido se hizo más violento.

De repente, le faltó el aire. Y llegó el temor...

Caminó al centro del comedor y giró sobre sí mismo. Se miró la mano. El King Kastle todavía estaba entre sus dedos.

- Tobe hijo de puta... - esbozó, calculando que el muchacho tenía el atado reservado para alguna broma, seguramente contra el tonto de Big Mike.

El problema que la tos no se detenía.

Algo pareció romperse dentro de su cabeza, algo pequeño pero que sonó como filamento tensado al máximo.

Y entre el poco aire, surgió esa sensación de derrame, de líquidos. Ciertos líquidos parecían estar recorriendo su cabeza, su cuello, su pecho, su estómago.

Tosió una vez más, y se salpicó las palmas con sangre.

Aterrado, abrió la puerta y salió a la luz.

Su cuerpo, sus piernas, su desesperación lo arrastraron cuerdas a las corridas.

En el camino nadie se acercó a ayudarlo.

Se sintió solo, indefenso. Sintió que estaba a un paso de la muerte definitiva, y que después de aquello no habría vuelta atrás.

Era irónico como una vida, se había perdido en un pasado tormentoso, sin las fuerzas suficientes, como las apenas destinadas para auto destruirse.

Corrió a los tumbos, gritó, gimió y lloriqueó, pero no hubo nadie que lo contenga.

La sangre continuó brotando tal como agua de su boca, de su nariz de sus oídos...

Se desarmó en angustia, dolor y pena, hasta que no pudo más. Se detuvo en el medio del asfalto de una calurosa calle de su Pueblo de Tammerlane, y cayó de rodillas al piso.

Alzó su mano, tratando de alcanzar el recuerdo de su hijo Ron, y en un llanto agudo se despidió de los vivos.

Su alma arrepentida no fue suficiente para cuando abrió los ojos, horas después, en el Hospital de Agudos de Tammerlane, donde intentó alcanzar el rostro de su hijo Ron (a dentelladas).

CONTINÚA EN LAS CRÓNICAS DE KING KASTLE ZOMBIES

HISTORIAS DE TAMMERLANE / KING KASTLE © 1998 – 2007 FEDERICO TARÁNTOLA

federicotarantola@yahoo.com.ar

www.tammerlane.com.ar

www.federicotarantola.com.ar